

# JAPÓN SALVAJE



**RADICALES,  
PROSCRITOS  
Y VIOLENCIA  
POLÍTICA**



**levanta  
fuego**

PRIMERA EDICIÓN: DICIEMBRE DE 2020  
SEGUNDA EDICIÓN: MARZO DE 2021

AUTORES: FRUTOS SALAS, PAULA GARCÍA,  
JAVI SÁNCHEZ, ANDREA PEÑALVER,  
ÁLVARO ARBONÉS

EDICIÓN: ÁLVARO ARBONÉS

DISEÑO DE CUBIERTA: RAÚL RUIZ  
@UNDERDOGDSGN

CORRECCIÓN Y MAQUETACIÓN: LEVANTA FUEGO  
[WWW.LEVANTAFUEGO.COM](http://WWW.LEVANTAFUEGO.COM)

ISBN: 978-84-09-25351-7

EL CONTENIDO DE ESTA OBRA PUEDE SER  
DISTRIBUIDO, COMUNICADO Y COPIADO LIBREMENTE,  
SIEMPRE QUE SU USO SEA NO COMERCIAL. PARA  
CUALQUIER OTRO USO O FINALIDAD, SE RUEGA  
CONTACTAR CON LA EDITORIAL.



# ÍNDICE

Introducción .....	5
Japón extremo. Del culto a la violencia a la lucha armada..	9
Frutos Salas	
De las katanas a la ultraderecha. Conflicto y evolución del <i>yakuza</i> contemporáneo.....	33
Paula García	
<i>Ansatsushugi</i> . Hay que matar al emperador .....	63
Javi Sánchez	
Ser minoría en Japón. Ainu, coreanos y <i>burakamin</i> .....	77
Andrea Peñalver	
De la estética como política. Sobre el opaco pensamiento político de Yukio Mishima .....	101
Álvaro Arbonés	
Cronología.....	125
Bibliografía .....	129



# INTRODUCCIÓN

Todo está a punto de saltar por los aires, el país entero arde de rabia. La indignación se palpa en las calles como una niebla densa y pegajosa que lo cubre todo. El primer ministro, Nobushuke Kishi, acaba de presentar el borrador del Tratado de Cooperación y Seguridad Mutua entre Estados Unidos y Japón, una de las condiciones impuestas tras la rendición de 1945. El texto es humillante. Las cláusulas del tratado permiten en la práctica una injerencia total de Estados Unidos en materia de defensa, Japón es un país sometido.

Los mineros se declaran en huelga. No están dispuestos a aceptarlo, van a pelear en la calle lo que se pierde en los pasillos. El Consejo Popular, formado ese mismo año de 1959 para coordinar la lucha de la izquierda contra el tratado, decide apoyar la movilización. Convoca tres manifestaciones distintas que van a converger frente a la Dieta. El Zangakuren, la federación de ideología comunista que lidera al poderoso movimiento estudiantil, decide llevar la protesta más allá. Dos noches antes se reúnen en secreto en Tokio y planean el asalto al edificio de gobierno. Llevan casi diez años de peleas en las calles, saben lo que hacen.

Tokio está tomado por más de 5 000 policías, pero el asalto es un éxito. Los estudiantes abren una brecha en la defensa de la Dieta y cientos de manifestantes de los 80 000 que habían acudido a la convocatoria entran en el edificio. Causan destrozos por donde pasan, el primer ministro abandona la Dieta y se suspenden las negociaciones del tratado.

Pero Kishi no está dispuesto a ceder, el tratado va a firmarse cueste lo que cueste. Arregla un vuelo a Estados Unidos para un par de meses más tarde, en enero de 1960. El Zengakuren mantiene el pulso, decide sitiar el aeropuerto de Haneda para evitar que el primer ministro salga del país. La batalla dura hasta la madrugada, pero el avión de Kishi consigue despegar protegido por una comitiva de 5 000 policías.

El primer ministro firma el tratado en Estados Unidos, pero todavía es necesario que se ratifique en el parlamento japonés. La tensión aumenta. Kishi se salta los protocolos parlamentarios amparado en su mayoría y la rabia inunda el país. Las manifestaciones y las huelgas se suceden durante los siguientes meses. La represión se endurece, la policía se ensaña con las protestas y asalta el cuartel general del Zengakuren. Los detenidos se cuentan por centenares y se produce la primera muerte: la líder estudiantil Michiko Kamba es asesinada por la policía durante una protesta.

El movimiento obrero y estudiantil no conseguirá evitar la firma del tratado pero tampoco se rendirá. Durante las siguientes décadas, las huelgas y manifestaciones sacudirán al país entero. La rebelión será permanente. De ella surgirán

también grupos armados como el Ejército Rojo Japonés, activo sobre todo durante los años setenta y que llevará a cabo numerosos atentados en diferentes países.

Pero el incendio japonés no acaba ni empieza ahí. Los intentos de matar al emperador durante las primeras décadas del siglo XX, los asesinatos de la Yakuza y su influencia en el sistema de partidos, el nacionalismo de extrema derecha, la opresión contra las minorías o el golpe de Estado fallido liderado por Yukio Mishima muestran algunas de las brechas que atravesaron y atraviesan a la sociedad japonesa. Aunque la cultura del país nipón nos resulta cercana porque hemos crecido con sus animes y sus mangas, su historia política y su realidad social es desconocida para la mayoría de nosotros. Los radicales, los proscritos y la violencia política han marcado también al país. Como veremos a lo largo de este libro, la historia de Japón es también la historia de sus convulsiones.

Editorial Antipersona  
València, octubre de 2020



# JAPÓN EXTREMO

**Del culto a la violencia  
a la lucha armada**

**FRUTOS SALAS**

## MISHIMA Y LOS ZENKAKUREN

El fascismo es una ideología, pero también un estado de la mente proclive a las imaginaciones más tenebrosas. Un repaso a la hemeroteca y a ciertas biografías nos demuestra que no estamos ante una frase hecha. Tras la derrota de Alemania, diversas personalidades relevantes del nacionalsocialismo internacional juraron y perjuraron que Hitler seguía vivo escondido en la Antártida. Los más prosaicos se interesaron por la ufología. Himmler, el temible jerarca de las SS, se desplazó hasta Montserrat en busca del Santo Grial. Sí, estamos

hablando de esa copa de oro mágica de la primera película de Indiana Jones.

Con el tiempo este gusto por la fantasía se sofisticó. Es entonces cuando surgen teorías como el marxismo cultural, entre otras. El concepto no era muy novedoso y conectaba con la vieja idea de la conspiración judeomasónica. Si de un tiempo para acá el mundo se ha llenado de camisetas y mecheros con la cara del Che es porque un ente maligno trata de destruir la civilización europea utilizando las estrategias más rebuscadas. Por la noche y con alevosía. Pareciera como si los enemigos de Occidente no tuviesen nada mejor que hacer que inundar la sociedad de estampitas comunistas.

Todas esas elucubraciones olvidan que el fascismo también fue, y sigue siendo, un gran generador de iconos pop. Ambas cosas, la inclinación hacia las conspiraciones oscuras y el icono popular, confluyeron en la figura de Mishima, que se convirtió tanto en referente intelectual del fascismo europeo como en mito pop.

Kimitake Hiraoka nació en Tokio en 1925, endeble y en un entorno protector. Durante la Guerra Mundial lo llamaron a combatir. Su padre, consciente de la debilidad física de su hijo, hizo todo lo posible para que fuese desechado en el reconocimiento médico. Viajaron hasta la provincia de Hyodo, hogar de campesinos y gente de campo. En comparación con los fornidos chicos locales su cuerpo se veía penoso. No superó el examen físico. El médico que lo atendió, aún joven e inexperto, confundió un catarro mal curado con una tuberculosis.

Este suceso, probablemente irrelevante para cualquier otro recluta, le influyó notablemente y explica, tal y como él mismo repitió en varias ocasiones, su posterior transformación física a través de las pesas y las artes marciales.

No solo machacó su cuerpo. Ansioso por romper con un pasado que le avergonzaba, creó para sí mismo un nuevo nombre mucho más amenazante y varonil. Con la publicación de una primera novela Yukio Mishima entraba en escena.

La fama permitió que conociéramos sus mil caras. Mishima cantante, Mishima actor, Mishima boxeador. También se involucró en ciertos asuntos políticos. Pensaba que la fuerza y la belleza debían prevalecer y perpetuarse frente cualquier otra consideración. Decía en una entrevista:

Pero si me paro a pensar en cuál debía ser mi deber, tampoco me siento llamado a salvar a aquel niño. Siempre habrá alguien dispuesto a ayudar a los débiles. Es decir, a la debilidad hay que dejarla tal como está. Más bien, se puede afirmar que actualmente vivimos en una época en la cual es la fuerza la que es maltratada. Sí: debido a los denuestos que en nuestros días merece la fuerza, se desprecia la ética de los que aspiran a ser fuertes. Por eso no puedo pensar en otra cosa que no sea el renacimiento de la fuerza. Por muy cabeza dura que me consideren, no dejaré de afirmar que mi misión en esta vida es el renacimiento de la fuerza.

Con todo y por mucho que insistiese, a su alrededor las cosas iban tomando un rumbo bien diferente. Los débiles del mundo no parecían estar demasiado de acuerdo con esas

monsergas conservadoras y reclamaban su lugar en la historia. El AK-47 aún era un instrumento para la revolución.

Durante la guerra Japón se había convertido en una potencia imperial capaz de controlar vastos territorios. Tras su rendición, esos sueños de conquista se desvanecieron de un plumazo y a golpe de decreto.

En este nuevo tablero Japón estaba acosado por importantes adversarios. En el norte, en Indochina, el Vietcong se revolvió violentamente contra el poderío francés y norteamericano. El Partido Comunista de Malasia tampoco perdía el tiempo y amenazaba con acabar con el dominio británico. En Corea, país controlado con mano de hierro por el Imperio Japonés hasta 1945, la URSS edificaba uno de sus muchos estados satélites. Como propina, en 1949, la larga guerra civil China eclosionó en una temible criatura: la República Popular China.

A todo esto y en paralelo al juicio de Núremberg, en Tokio se establecía el Tribunal Penal Militar Internacional para el Lejano Oriente. Tiene guasa el nombre. El principal problema, pues, se daba de puertas para adentro. Japón quedó sometido por los aliados. Podrían haber sido perfectamente los soviéticos, pero el destino hizo que la suerte tornase hacia el otro bando.

Los americanos infestaron el país de bases militares que para más inri debían mantener los propios japoneses. El Ejército Imperial Japonés fue desmantelado y sus responsables juzgados y condenados por diversos crímenes de guerra.

La Guerra Fría acababa de empezar y Japón debía ser un gran bastión del capitalismo en Asia.

El pueblo japonés iba a sufrir en carne propia los abusos que sus tropas habían practicado fuera de sus fronteras. Los ocupantes violaban a mujeres y niñas sistemáticamente, hasta el punto que la propia comandancia americana acabó impulsando una red de prostíbulos para la tropa. Los marines se emborrachaban, generaban tumultos y abusaban brutalmente de la población local. En Omiri, un grupo de cincuenta militares entró en un hospital y agredió sexualmente a más de setenta mujeres. Poco después, en Nagoya, otra manada de hombres cortó las líneas telefónicas de la ciudad y practicó varias violaciones simultáneas.

Para Mishima todo esto era intolerable. Así debía ser para cualquier persona con un mínimo de sentido común. No podía aceptar ni la presencia americana ni la omnipotencia del enemigo dentro y fuera de la isla. Se negaba a aceptar la derrota. Tampoco entendía que la sociedad estuviese absorbiendo a marchas forzadas los valores y la organización social del enemigo. Más que toda la carne rota en Hiroshima y Nagasaki y más que las hambrunas y la miseria, lo que realmente le angustiaba era el honor perdido y la desaparición de la auténtica identidad japonesa. Le exasperaba que el nuevo parlamentarismo no fuese nada más que una burda maniobra para dominar el país. Se negaba a sucumbir ante el individualismo y el materialismo. Japón debía ser una tierra de samuráis, un país de guerreros capaces de sacrificarse por idealismo, donde la tradición, o más bien cierta interpretación

de esta, fuese el pilar sobre el que se sustentase todo lo demás.

Desde su punto de vista, todo estaba copado por demócratas débiles y apocados. En el peor de los casos, traidores como Inejirō Asanuma, ese antiguo nacionalista que se pasó al socialismo y murió asesinado por un joven ultra. Intelectuales, escritores y periodistas: todos habían sido infectados por el virus del liberalismo. Las derechas no eran tradicionalistas o radicales. Simplemente defendían el *statu quo* y su antigua carga mística y esotérica había sido completamente extirpada.

Rápidamente se dio cuenta que no era el único incapaz de encajar lo que estaba pasando. Japón no iba a ser sometido ni con las bombas ni con la guerra; sería doblegado con armas mucho más sutiles: el trabajo, el consumo y la democracia. Y por más que le molestase, la izquierda extraparlamentaria hacía tiempo que lo venía denunciando.

Como había sucedido previamente con otras figuras públicas, Mishima protagonizó un extraño desdoblamiento ideológico. Combinaría magistralmente su exaltado tradicionalismo y su aberrante neofascismo con una fascinación verdadera por lo revolucionario, y muy especialmente por los movimientos contestatarios juveniles que invadían las calles y las universidades de todo el mundo.

El resto es historia. En 1968 los alumnos de la Universidad de Tokio lo convocaron para participar en un debate. Nada raro si no fuese porque esos muchachos pertenecían a

la Zengakuren, una federación marxista completamente beligerante con el sistema universitario, la sociedad y el Estado.

Cierto amarillismo ha descrito a los miembros de la Zengakuren de esa época como una generación de nihilistas violentos e imprevisibles. En guerra contra todo, sin reivindicaciones concretas ni un plan de acción claro. Desde su creación ocupaban diversas universidades, provocaban tumultos de diversa consideración y participaban en acciones que hoy algún periodista catalogaría como de guerrilla urbana, como el bloqueo del aeropuerto internacional de Tokio para que el primer ministro no pudiese firmar el Tratado de Cooperación y Seguridad Mutua entre Estados Unidos y Japón. Lo indiscutible es que en su primera decadencia, y cuando ya solo quedaban aquellos más decididos, empezaron a matarse los unos a los otros.

Mishima dedicó al encuentro con los estudiantes unas páginas en uno de sus ensayos. Decidió que lo justo sería partirse los derechos de autor de la obra entre las dos partes. Dicen que solía relatar con cierta socarronería que mientras él se iba a gastar su porción de lo ganado en uniformes de verano para la Sociedad del Escudo, la milicia de estudiantes que dirigía, los otros habrían comprado material para fabricar explosivos.

El día acordado Mishima apareció en la universidad acompañado por una pequeña delegación de seguidores. El centro educativo permanecía cerrado, completamente controlado por los radicales. Se podían ver barricadas y pintadas en cada

pasillo. Entró al salón de actos y subió a la tribuna. Iba vestido con un polo negro que le marcaba la musculatura, cinturón y tejanos. Fumaba sin parar. Le gritaban e insultaban. Más tarde, comentó que estaba tan nervioso como «si fuera a meterme en la cueva de un león».

Tomó la palabra. Reivindicó la figura inmortal del Emperador. Los jóvenes se partían de la risa. Al fin y al cabo, el monarca se había convertido en una servil marioneta de los ocupantes. Sin embargo, en el fondo, todos sabían que tenían más puntos en común con ese fanático que con el resto de sus compatriotas.

Llegó el turno de las réplicas. Le echaron en cara su conservadurismo, su idealismo ridículo y lo estrafalario de sus conclusiones. Le llamaron farsante. Según ellos, lo único que hacía era hablar y hablar.

Uno lee las transcripciones o ve las grabaciones y siente el auditorio destensarse poco a poco. Va acercándose gente al estrado y le hacen preguntas. Mishima responde encantado.

En *Introducción a la filosofía de la acción*, Mishima decía así:

Durante el asalto a la sala de conferencias Yasuda, en la universidad de Tokio, la ignorancia de los *zengakuren* sobre estrategia militar puso de manifiesto que dejaban cerrada toda vía de escape, lo que podría haber significado que estaban dispuestos a morir, que no estaban en absoluto.

Mientras observaba, meditaba la eficacia y futilidad de la acción colectiva. Cuando la psicología de la muchedumbre tiene caudillaje, la propia multitud adquiere una

fuerza enorme, pero abandonada a sí misma está privada de ese núcleo, se dispersa ofreciendo un panorama de tristeza increíble.

En la guerrilla, el individuo, además de no preocuparse por su propia vida, ni siquiera puede dejarse vencer por el sentimentalismo hacia los compañeros. Debe ser despiadado y no tener remordimientos con el enemigo, incluso utilizando los medios más viles. Aquel 21 de Octubre, en cambio, asistí a una pseudoguerrilla.

Desde el principio los manifestantes habían renunciado a cualquier esperanza de obtener un resultado decisivo. Simplemente buscaban crear una situación de perturbación y darse publicidad a través de la prensa. Si no se hubiese recogido el hecho en los medios de comunicación, su acción hubiese resultado completamente fútil y la guerrilla urbana se habría visto obligada a revisar sus tácticas.

Entonces, habrían comprendido que no existe una acción más eficaz que el terrorismo, y que se propone resultados mucho más radicales y se asienta en el sacrificio individual.

Dureza, disciplina. Su riña contra los estudiantes no era ideológica, sino más bien de tipo espiritual. La cuestión era si iban en serio o solo estaban jugando a la revolución.

Mishima reconocía el valor de los que luchaban, independientemente de su causa. Le seducían lo que él consideraba hombres de acción, dispuestos a regar la tierra con sangre propia y ajena. El problema era que esos jóvenes le parecían demasiado tibios. Veía una masa blanda, ignorante e indisciplinada. Entendía y respaldaba su ataque a la democracia y

las nuevas instituciones, pero también pensaba que esa rebel-  
día no era más que un estadio pasajero de furia desorganiza-  
da. No identificaba nada de verdadero en ella.

¿Cómo hubiese sido el ente revolucionario ideal para Mi-  
shima? Pequeño y formado por individuos fuertes. Un gru-  
púsculo militante dispuesto a todo, una vanguardia selecta  
hecha para la muerte, que esperaría en la penumbra el mo-  
mento idóneo para actuar.

¿Habría algún miembro de la Facción del Ejército Rojo  
o del aún inexistente Ejército Rojo Japonés en ese debate?  
Imposible saberlo.

Quizás, los jefes de esas dos organizaciones se apuntaron  
todas las reprimendas del literato y decidieron mostrarle a él  
y al mundo que no eran esos niños débiles y atemorizados  
que era necesario disciplinar.

Poco después, el propio Mishima se rebanaba las tripas  
dejándoles claro que lo suyo también era algo más que pa-  
labrería.

## EL EJÉRCITO ROJO JAPONÉS

El 14 de agosto de 1945 esa hecatombe de seis años y un  
día conocida como Segunda Guerra Mundial llegó a su fin.  
Esa mañana, extremadamente calurosa, muchos japoneses  
oyeron por primera vez la voz del emperador Hiroito. Su  
tono era monótono; su dialecto, cortesano y arcaico. A través  
de la radio se dirigió al pueblo para comunicarle que había